

Tierra y Libertad



Argentino Histórico de Barcelona
Casa de la Ardica
Santa Lucia, 1
C. I. U. D. A. P.

SEMANARIO
ANARQUISTA

VALENCIA, 20 DE AGOSTO DE 1935

AÑO I - NUM. 1 - 15 CENTIMOS

El Anarquismo se afirma profundamente en las masas trabajadoras del país, porque éstas aman la libertad y odian la opresión

SIEMPRE ACTUAL

Lo que más perjudica a la revolución

Existe en muchos camaradas el ingenuo afán de achacar a los gobernantes todo lo malo que nos sucede y puede sucedernos.

Y sin embargo no son los gobernantes ni el Estado quienes mayores perjuicios nos ocasionan. Uno y otro persiguiéndonos, encarcelándonos, están en su papel. Colaboran, sin proponérselo en la obra revolucionaria a que nos hemos entregado plenamente. Si el Estado no cometiese las injusticias que nosotros certeramente combatimos, perderíamos terreno en la lucha, indudablemente. Y si los gobernantes no imitasen al Estado, nuestros argumentos de combate, que con tan maravillosa facilidad prenden en el alma del pueblo, carecerían de valor y resultados prácticos.

No son, pues, ni el Estado con todo su aparato de represión ni los gobernantes, quienes mayores perjuicios causan a la revolución. Quienes pueden blasonar de esto, si es que lo necivo también crea biasones, son los que dentro de las filas revolucionarias se dedican a la siembra de desprestigio de los militantes, al esparcimiento de calumnias soeces, y también a la propaganda de conceptos absurdos y morbosos.

Uno de estos es el propagado por algunos anarquistas—por fortuna raros—empeñados en inculcar odio a la organización, «porque la organización no sirve para nada».

¿Es posible? ¿Puede un anarquista en uso normal de sus facultades mentales predicar tales desatinos? Desatinos siempre y más que nunca ahora.

No es de hoy esa propaganda plena de insensatez; pero hoy es más peligrosa que en otras épocas. Esa tendencia que se dice «antiorganizadora» ha producido en algunas partes más daño que una epidemia. Al alcance de cualquiera están los frutos; hasta el más miope puede verlos con darse un paseo por ciertos lugares de la región levantina. Llamarase «antiorganizadora» es sentar plaza de extravagante; no de anarquista. «Antiorganizador» no es el que por temperamento u otros motivos prefiere vivir aislado, sino aquél que se ha impuesto como misión destruir la organización que se le ponga a tiro, organizándose si es preciso; pero pensando siempre en la inoculación del morbo «antiorganizacionista». Organización—hablamos de organización anarquista—quiere decir cohesión de voluntades, comunidad ideológica y de anhelos, unión de esfuerzos para el logro de la victoria. Eso es lo que entendemos por organización nosotros y lo que entienden los anarquistas que no rehuyen las realidades que la vida impone.

Ningún hombre medianamente cuerdo puede predicar que «la organización no sirve para nada». Y menos puede tener eso por lábaro un anarquista que desee la revolución social. Solamente cualquier amargado, cargado de bilis y sectarismo negador, puede decir eso. Sabiendo que al hombre aislado le es imposible hacer frente a las injusticias del capitalismo y a la actividad absorbente del Estado, hasta los titulados individualistas cien por cien se organizan, porque organizándose suman su voluntad y su entusiasmo práctico a los de muchos trabajadores que luchan por el mismo objetivo que él.

De que en la juventud no preudan esos conceptos absurdos, detestables, preocuparse los jóvenes con gran empeño. La organización anarquista no coarta ni impide el desarrollo de las iniciativas individuales, ni practica función alguna reñida con ninguna manifestación de libertariedad. Se propone—y no es menester que lo digamos—agrupar a los camaradas diseminados por el país para, de este modo, unir más eficazmente su esfuerzo en pro de la causa que nos trajo a la lucha. Nosotros no decimos que «la organización está por encima de todo», porque por encima de ella están los ideales: Pero sí, que la organización es necesaria—imprescindible cuando esos ideales la nutren—si queremos triunfar en nuestra empresa.

Todo lo demás, camaradas, es, no ya perder el tiempo miserablemente, sino hacérselo perder a los otros. Y causar a la revolución más daño que el Estado y los gobernantes, apesar de causar éstos mucho...



De las capas más bajas y hediondas de la sociedad, surge el reptil viscoso del fascismo, que amenaza destruir las exiguas libertades que aun quedan en pie. Un deber elemental de higiene ciudadana aconseja su exterminio rápido y radical

EL HABITO DE TRABAJAR

Sobre "intelectualismo" proletario

No somos—no lo hemos sido jamás—enemigos de los trabajadores a quienes se ha dado en llamar despectivamente INTELLECTUALES. Y de ello hemos dado pruebas en mil ocasiones distintas. Mas tampoco nos hacen mucha gracia los que, olvidando el taller, la fábrica o el andamio, se convierten en «escritores», no para escribir, sino para volar de lo que no escriben. Hallamos muy en su punto que el camarada que por conformación educacional arribó a nosotros con una feorna literaria, sobre la labor que con la pluma realiza, no sólo cuando trabaja para editores burgueses, sino también cuando colabora en nuestras publicaciones, ya que ese es su único medio de vida. Lo que no hallamos tan razonable es que quienes combatieron el intelectualismo de los que honradamente viven de su pluma, se fruequen en INTELLECTUALES, y pretendan hacer coltar una pluma que aun ha de pasar por el más elemental aprendizaje.

El ejercicio de la literatura pro-

duce en algunos cetero eservamiento de las figueltas volitivas. Por accidente llegaron a la redacción de algún diario obrero, y al cabo del tiempo, cuando debieron dar por terminada su etapa, carecen de fuerza de voluntad para irse de nuevo al taller. Es el caso de Pestana, que olvidó la rejolería desde el momento que en «Solidaridad Obrera» holló el manuscrito. Y el caso de otros vurtos Pestanas, dados a conocer en los cuatro años últimos. Cuando se pierde el hábito de trabajar, se ha perdido todo. Decimos esto refiriéndonos al revoluciohario que pugna por instituir una justicia inédita. Más influencia que todos los periódicos, más que todos los mítines, ejerce en las masas la conducta de los militantes. Por eso el obrero que al intelectualizarse olvida el camino del taller, el que se pega como la garrapata a las ubres de cualquier publicación que representa para él el maná, no solamente se corrompe él, sino que desmoraliza a los que no han oerido todavía a separar los ideas del ejemplo de vida de los individuos.

Quienes robando horas al descanso, escriben para nuestros periódicos, son acreedores a nuestra simpatía más ferviente. No importan sus deficiencias ortográficas o de estilo. Admitamos tan sólo la voluntad, el deseo. Si no saben, aprenderán a base de perseverancia y atención, que el escribir, bien es cuestión—como todo—de práctica. Mas no merece simpatía idéntica el que para escribir abandona la fábrica o el andamio. En el partido socialista existen muchos ejemplos de individuos que, bien por desempeño de funciones sindicales, o bien porque «les dio» por escribir, no han vuelto a la panadería, a la imprenta, a la zapatería, al estanco, al andamio, al ferrocarril, a empujar la garlopa. Se «intelectualizaron» y viven del «intelecto» siendo diputados, concejales, «periódistas», secretarios sindicales, miembros, consejeros de esto o de lo otro, etc., etc. Pues bien, eso es lo que no queremos que se produzca en nuestro movimiento. Se produjo ya un botón de muestra, y el movimiento cortó por lo sano. Y aún los mismos

De buen humor En libertad provisional

No se sorprenda, amigo mio; no le cause extrañeza alguna. Se nota que no conoce usted nuestro país, que no sabe de qué pie cojeamos... Para vivir entre nosotros, lo primero que hay que tener no es dinero, ni salud, ni sabiduría, ni tipo fotogénico... Lo primero que hay que tener es buen humor. En España tiene buen humor todo el mundo. Con decirle que hasta las víctimas del dolor de estómago son gentes que se pasan la vida haciendo mueris entre carcajada y carcajada, ya es bastante.

En España desde hace seis años largos últimos leñendo quilleros sobre el andamio. Podemos decir que es este un país de ciudadanos en libertad provisional.

Ya usted por la calle tranquilamente, y de pronto ve a un señor que se coloca a su lado y que con cautelladora sonrisa le dice:...

—¿Tiene usted la bondad de acompañarme?

—¿Y quién se niega? Lo ha pedido con tanta finura, con tal derroche de elegancia, con tan correctos y educados modales, que desvaldría resultar imposible. Pudo haberle aludado a usted todo con todo, o haberle hecho conducir por la Guardia civil, o haberle enclaustrado en un calabozo, o haberle acenillado su negatíva. Mas prefirió encancharse con la «Parabellini» de su sonrisa encantadora, que le deja a uno desarmado...

La Policía, en España, es así.

Marcha usted camino del calabozo como si fuera derecho a la gloria. El policía, sonriente, le invita a fumar. Y a charlar... Tómame luego la filiación de usted, y el situau. Cuando echan el cerrojo a la puerta de su departamento, se percata usted de que está enclaustrado. Hasta entonces no lo había notado siquiera.

¿Está usted preso?

No, señor; está en libertad y revolucionario. Exactamente igual que los que pelean por la libertad de España. Con la única diferencia de que a usted es menester «hacerle unas preguntas». Como hay muchos a quienes preguntar, uno ha de ir a preguntar a que le llague el turno. Y para que la espera no resulte aburrida, lo meten junto a una porción de mangantes y porteros «con compañía». COMPANIA que a los pocos momentos le acompaña a usted para no dejarle un instante tranquilo.

Y cuando le han preguntado lo mandan a la calle. O al Puerto de Santa María, según. Pero siempre, ¡pero sí!, en sentido provisional!

Todas estas cosas, amigo mio, sólo pueden sobrevalorarse con un estotismo a prueba de los pocos momentos de humor como el que por aquí disfrutamos.

¡Y parece mentira que esto no acierien a verlo ustedes los turistas, a pesar de andar siempre a vuestras con los primaticos!

que hicieron causa común con el BOTON, han, por fortuna, abierto los ojos, aunque no muy a tiempo, dejándolo plantado en el camino. Que cada uno cultive, en sus aptitudes y dotes intelectuales. Pero sin dar de lado el trabajo propio. El que antepone la «literatura» al taller es porque tiene madera de holgazán. Y ya sabemos todos de sobre que la revolución ha de ser obra de los trabajadores y no de los periodistas...



Los derechos de los trabajadores deben ser de obligado reconocimiento por parte del Estado

ESTRATAGEMAS FASCISTIZANTES

LOS CAMPESINOS ASEDIADOS POR LA PROPAGANDA FASCISTA. EL ANARQUISMO DEBE REDOBLAR SU ACTIVIDAD EN EL CAMPO

Las reseñas periodísticas de las Sesiones de Cortes son el termómetro de la gracia y el buen humor. Nosotros solemos leerlas por puro entretenimiento y diversión. Cuando no hay incidentes, no tienen interés. Si un Señorita encasqueta en la cabeza de su adversario la copa de agua que le lleva el ujier, la sesión cambia de colorido. Insultos, palabrotas, tacos de carretero, gestos de sacamantecas... he ahí lo que da gracia y sandunga a la actividad parlamentaria. Por eso leemos los españoles sus reseñas: para reírnos a mandíbula batiente un rato. Lo que prueba que el Congreso no es tan inútil como muchos creen. Hacer retr también posee su grado de utilidad. Los clowns del circo son los personajes más simpáticos de la "troupe", por la utilidad de sus payasadas...

su hombre de confianza; lo que se dice, su salvador. En España el primogénito de Primo de Rivera quiere ser lo mismo. Y la gente de pro pecuniario comienza a ayudarlo con los medios que sólo ella posee. Algunos periódicos se hacen eco de sus discursos, comentan diariamente su majera y flamenquería hereditaria, le hacen intervis y publican fervientemente su efígie de señorita melosa y amenguada. Hacen todo esto por inspiración de capitalistas y terratenientes, en pago a los "ataques" que en el Congreso le dedica, con lo que pretende adueñarse, mediante fenómeno espejista, de los trabajadores campesinos en perjuicio del movimiento proletario radicalmente reformador, que en España late.

¿Picarán el anzuelo los obreros agricultores? ¿Creerán los campesinos en la demagogia asfáltica de un marqués que se dice su amigo, para castrarles sus aspiraciones emancipadoras? No. No creerán, porque el instinto de clase fuertemente incrementado a partir de los exhortos de la gran guerra, ha echado raíces en el campo. Mejor dicho, ha aumentado las raíces que desde tiempo inmemorial tenía. Y no creerán, porque los anarquistas—y todos aquellos ramas del socialismo van del autoritario—se oporndrán a la conquistada moral del campo por los explotadores del campo, por los que viven del campo sin haberlo hecho producir ni siquiera una espiga.

DE INTERES

Motivos de fuerza mayor y dificultades diversas surgidos en nuestro camino, cuya solución se hacía imprescindible, nos obligaron a quebrantar nuestra normalidad periódica suspendiendo voluntariamente el número de TIERRA Y LIBERTAD correspondiente a la semana que acaba de transcurrir.

Queremos que las precedentes líneas no se presten a ninguna clase de comentarios, sino que los camaradas vean en ellas, nuestra solicitud e interés ferviente en pro de nuestro semanario anarquista, al que todos los elementos libertarios estamos obligados, por lo que es y representa, a ayudar en cuantos aspectos necesite de nuestro concurso.

Porque creemos necesaria esta aclaración, la hacemos gustosos deseando sirva de satisfacción a los camaradas. La Redacción



DESAHUCIOS

En España, el esfuerzo continuo carece de valor. Trabajar la tierra, hacerla dar fruto, además de ser la profesión ingrata por excelencia, es la que menos garantías jurídicas—y no se dice así—posee. Existe aún y profundamente arraigado en la legislación social un concepto de la propiedad nada diferente del que existía en la época del Medio Evo. El amo, el propietario, el señor...; el colono, el plebeyo et esclavo... Ni siquiera ha variado la terminología.

Este concepto medieval y tiránico de la propiedad pónese de manifiesto ahora en España con motivo de los desahucios a los campesinos.

De nada sirve que un colono agrícola haya llevado en arrendamiento durante cuarenta o cincuenta años tierras del señor de la comarca y efectuado en ellas mejoras respetables, si éste se propone desahuciarle un día. Ni la perseverancia del esfuerzo, ni el sudor derramado, ni nada, sirven de base a derecho alguno. Todo el derecho se condensa en esta cualidad: ser amo.

Ho aquí una muestra de los mil y mil desahucios que silenciosamente se están llevando a cabo en este país de "junkers":

En Orihuela hay un colono que trabaja en arrendamiento hace más de treinta años unas terras a las que ha prodigado todo su esfuerzo, esmero y sacrificios múltiples. En treinta años se ha encariñado con ellas, porque el sudor engendra cariño. Reteniendo el importe de la renta pagada en ese tiempo, compruébase que ha abonado en tal concepto mayor cantidad de pesetas de lo que las tierras valen, por lo que en recta justicia son suyas y no del aristócrata que le explota. Ha realizado en ellas, además, diversas mejoras que los peritos han valorado en 200.000 pesetas.

Y ahora, cuando a copia de ingentes esfuerzos de toda índole logró poner la tierra en condiciones ventajosas, en condiciones de fertilidad remunerante, viene el rrendatario—el amo, el señor—, presidente del Sindicato Católico y "grande" de España y, con un fútil pretexto le obliga—la ley está a su lado—a abandonar las tierras por él cultivadas y mejoradas.

Casos como este, a millares podríamos citar. No es necesario. El, por sí, actúa de exponente de un estado de cosas y nuestra el concepto troglodítico y feudal que de la propiedad priva en la ley.

Mientras los agricultores no se unan en organizaciones de combate, seguirán siendo víctimas de los desahuciadores — por más señas, perteneciendo casi todos ellos a los partidos "agrarios" —, cuya voluntad es reconocida por la legislación como algo intangible y omnipotente.

Los campesinos han de unirse, han de organizarse, han de fortalecer su posición con la solidaridad colectiva de todos los trabajadores.



He aquí al "duce" en el apoteosis de su soberbia. Desde la cima de un tanque arenga a las tropas que van al asalto y conquista de Abisinia y les dice: "El primer cañonazo lo dispararé yo".

UN REPORTAJE

LA NEUTRALIDAD DE HACÉ 21 AÑOS

España al estallar la gran guerra.—Pretexto fundamental de la hecatombe.—Por qué permaneció España neutral.—Proposiciones de los beligerantes.—Pisacarré, Hontaux, el Kaiser, Alfonso XIII. El negocio de la neutralidad por J. TORIHO

Agosto, mes de aniversario Aniversario de una explosión de locura que costó al mundo torrentes de sangre. El recuerdo pide más que el tiempo y su pántina. El recuerdo de aquellas jornadas se colmaron de bochorno al universo, surge hoy con el retorno de odios viejos, de anhelos revanchistas, de ansias de venganza y desquite. Háblase a cada instante de los millones de vidas que consumió el moloch helicoso; describiéndose los mil horrores por la humanidad sufridos, producto de aquella hecatombe; al calor de la tragedia se ha ido formando una literatura antiguerrera, pa-

braciones presagadoras de la gran catástrofe pasaron desapercibidas a la sensibilidad de nuestros políticos. La cuestión de Marruecos era el problema en torno al cual en ambas Cámaras discutíase con ardor. Los centesios exigidos republicanos achacaban al rey y al Gobierno compromisos y alianzas con otras naciones, los cuales pedirían engendrar obligaciones de índole helicosa algún día. El Gobierno negaba tales compromisos. Los enemigos insistían. Y en tal forcejeo discursivil les sorprendió a todos el preludio de la conflagración universal.

Pretexto fundamental de la hecatombe

Francia, desde los primeros siglos hasta el XVIII no había cesado de avanzar su frontera oriental; los germanos, en cambio, retrocedían. Napoleón, en el siglo XIX, no hizo más que seguir la directriz trazada. Pe-

ro Napoleón III, "Napoleón el pequeño", que dijo Victor Hugo, se dejó engañar por Bismarck el astuto, y declaró la guerra a Prusia. El resultado fué que Francia, vencida, hubo de entregar a Prusia Alsacia y Lorena más una indemnización de 5.000 millones de francos. Así resquebrajó la potencialidad francesa. Y de ello surgió poderoso el gran imperio teutónico, personificado en Guillermo I.

Alemania aumentaba por aquella fecha en un millón de habitantes cada año. Siendo un suabo pobre, carecía de colonias a donde esparir su iniciativa y dominio. Y para tenerlas ercomendó a Von Tirpitz la creación de una potente flota. Inglaterra vío entonces en peligro su hegemonía marítima e íntimamente se alió, en su odio, a Francia. Y Francia logró después la unión de Rusia, a la que prestó 13.000

millones de francos. Por su parte, Alemania, alarmada por tales uniones, buscó alianza con Austria-Hungría. El rencor más feroz animó a todas las potencias. Para desencadenarlo se esperaba un motivo, un pretexto solamente. El asesinato del 28 de Junio en Sarajevo sirvió de tal. Y al mes justo el 28 de Julio, Austria declaró la guerra a Serbia. Rusia, por aquel tópico de la raza eslava, se creyó obligada a salir en defensa de aquélla. Alemania pensó igual con su aliada Austria. Francia salió en favor de sus amigos los rusos. Inglaterra se puso al lado de Bélgica, próxima a sus costas... Unos por otros, todos se enzarzaron en la contienda. Y la guerra más salvaje y criminal de todas las conocidas inundó al mundo de vergüenza y dolor.

Ante la universalidad de la guerra, España declaró solemnemente su neutralidad. Una neutralidad impuesta por la propia impotencia nacional, y no por el desseo de los polítics. La fiebre germanófila y aliadófila fructificó prodigiosamente. Los más empingoroludos personajes ardían en helicosos ardores y escribían libros y pronuncian discursos decidiéndose por la parte de sus simpatías. Fundáronse periódicos, cuya única misión consistía en envenenar el espíritu público para inclinarle a uno u otro bando. Los literatos españoles recibían cheques de las Embajadas en pago a sus campañas guerrieristas. ¿Y cómo es que España, a pesar del ardor guerrero de sus intelectuales, de sus polítics y hasta de sus artistas, permaneció neutral? Ya lo hemos dicho: su propia impotencia realizó el milagro.

Ante la universalidad de la guerra, España declaró solemnemente su neutralidad. Una neutralidad impuesta por la propia impotencia nacional, y no por el desseo de los polítics. La fiebre germanófila y aliadófila fructificó prodigiosamente. Los más empingoroludos personajes ardían en helicosos ardores y escribían libros y pronuncian discursos decidiéndose por la parte de sus simpatías. Fundáronse periódicos, cuya única misión consistía en envenenar el espíritu público para inclinarle a uno u otro bando. Los literatos españoles recibían cheques de las Embajadas en pago a sus campañas guerrieristas. ¿Y cómo es que España, a pesar del ardor guerrero de sus intelectuales, de sus polítics y hasta de sus artistas, permaneció neutral? Ya lo hemos dicho: su propia impotencia realizó el milagro.

Ante la universalidad de la guerra, España declaró solemnemente su neutralidad. Una neutralidad impuesta por la propia impotencia nacional, y no por el desseo de los polítics. La fiebre germanófila y aliadófila fructificó prodigiosamente. Los más empingoroludos personajes ardían en helicosos ardores y escribían libros y pronuncian discursos decidiéndose por la parte de sus simpatías. Fundáronse periódicos, cuya única misión consistía en envenenar el espíritu público para inclinarle a uno u otro bando. Los literatos españoles recibían cheques de las Embajadas en pago a sus campañas guerrieristas. ¿Y cómo es que España, a pesar del ardor guerrero de sus intelectuales, de sus polítics y hasta de sus artistas, permaneció neutral? Ya lo hemos dicho: su propia impotencia realizó el milagro.

(Continuará)